



“Quería mostrar ese lado íntimo de todo gran drama, con todas sus contradicciones. Y sólo la novela puede explicar esa complejidad”, asegura Hubert Haddad, autor de *Palestina*. Foto: Daniel Mordzinski

Hubert Haddad

“Sólo la novela puede restablecer la verdad”

Los personajes de *Palestina* caminan por las calles de una destruida Cisjordania. “Todo lo que cuento es real, excepto la historia de los protagonistas”, afirma el escritor francés de origen tunecino y ascendencia judía bereber, que además apela a la esperanza: “Dos Estados solidarios que trabajen juntos. Dos Gobiernos, pero solidarios”

Por Antonio Jiménez Barca

HACE TREINTA años, su hermano mayor se mató de un disparo de una escopeta de caza en una cabaña aislada en Israel. Había acudido allí para luchar por la paz y militó en movimientos pacifistas hasta que se sintió excluido y se pegó un tiro en la cabeza. Para explicarse su vida, su muerte, para intentar entenderle, Hubert Haddad, escritor francés de origen tunecino, de 64 años, ha escrito *Palestina* (Demipage, premio Renaudot de bolsillo en Francia en 2009), una novela exquisita sobre un asunto peligroso y resbaladizo para un narrador que no quiera caer en tópicos: la situación de Cisjordania. Hubert Haddad no es sospechoso de aprovecharse de temas con tirón: devoto de Borges, este novelista, poeta, dramaturgo y ensayista, se confiesa perteneciente a la estirpe de los novelistas fantásticos. Sin embargo, los personajes de esta novela caminan por las calles de una destruida Cisjordania trazada con la precisión realista de un buen reportaje. En *Palestina*, Cham, un soldado judío, es secuestrado por un comando terrorista en Hebrón. Tras perder la memoria y el carné de identidad, este soldado, de repente sin nombre y sin pasado, se refugia en la casa de dos mujeres: una, la madre, se llama Asmahane; la otra, la hija, se llama Falastin (Palestina), y sim-

boliza, en su cuerpo débil y corajudo, esa tierra estragada.

Haddad, tímido, amable, de origen judío, con tendencia a mirar de reojo las religiones y los nacionalismos, vengan de donde vengan, afirma que necesitaba, sobre este asunto, escribir una novela y no un ensayo.

PREGUNTA. ¿Por qué?

RESPUESTA. Porque ensayos ya hay muchos. Y, por lo general, olvidan el lado humano de esta historia. A veces, se tiende mucho a la caricatura, al radicalismo, a una especie de violencia radical extremista. Yo quería mostrar ese lado íntimo de todo gran drama, con todas sus contradicciones. Y solo la novela puede explicar esa complejidad, esto es, solo la novela puede restablecer la verdad. Porque hay mucha información, pero siempre se ofrece desde un determinado punto de vista que reproduce caminos y deseos de guerra de exterminación.

P. La novela apela a un lenguaje poético, pero a situaciones concretas muy realistas.

R. Todo lo que cuento es real, excepto la historia de los protagonistas. Era necesario que el lector comprendiera la situación real de esa región. Por eso situé la acción en Hebrón, que es un poco un microcosmos de todo lo que pasa en Palestina. En Hebrón hay un parcelamiento de la ciudad, un Ejército que trata de controlarlo todo, la Tumba de los Patriarcas, que une las tres religiones, y están los colonos que han ocupado las tierras... La novela

reproduce todo eso: el inconsciente de los personajes, pero también los distintos grupos políticos y las carreteras cortadas... Además, la novela no se cierra abruptamente, como un ensayo. Se tiende sobre el tiempo, respira. Y eso da esperanza...

P. ¿Hay esperanza?

R. A veces han comparado a la protagonista de la novela, Falastin, con Antígona. Por eso hay esperanza, porque, como Antígona, Falastin dice “no” a lo que es arbitrario y, a la vez, local. Apela a lo univer-

R. Son seres humanos que no se identifican con ninguna posición formada a partir de la identidad. Son una mezcla. Como yo, que soy descendiente de judíos bereberes. En 1966, mi hermano se fue a Jerusalén a vivir a un *kibutz*. Militó, como Falastin, en movimientos por la paz. Y fue rechazado por la sociedad. Por eso, y por problemas afectivos, se fue a vivir, herido, a una cabaña apartada, una cabaña que sale en el libro. En 1979, se suicidó. Michel, mi hermano, es un poco los dos personajes a la vez. Eso sí, hizo falta que pasaran años para que yo volviera a eso, a la muerte de mi hermano, para ver qué significaba.

P. En algún sitio ha dicho que trabajó mucho para este libro. ¿Se refiere a eso?

R. Sí. Y también a que para escribirlo tuve que huir de mis propios prejuicios, desembarazarme de los miedos y de los prejuicios de mis padres, gentes muy normales y sionistas. También tenía que pensar en mi hermano, que se sacrificó por todo eso.

P. Pero el episodio de la muerte de Michel (en la novela hermano del soldado) es marginal en la novela.

R. Pero es como el testigo de todo. Es como un diálogo de ultratumba, como si yo hubiera dialogado con mi hermano. Es una historia íntima y política. Yo quería hacer algo universal a partir de un hecho íntimo, creo que eso es la literatura. Ahora le toca al libro vivir su propia vida, que vuele libre, sin estar asociado al autor.

“Falastin, como Antígona, dice ‘no’ a lo que es arbitrario y, a la vez, local. Apela a lo universal”

sal. Tanto el islam como el judaísmo son grandes religiones, desde el punto de vista estrictamente cultural, que no deben encerrarse en cuestiones de identidad. Reivindicar así la identidad es perder, porque al otro se le convierte en objeto.

P. ¿Por eso los dos protagonistas, el soldado judío Cham que pierde la memoria y Falastin, se encuentran en medio?

Ponerse en la piel del otro

Hubert Haddad hace un estremecedor ejercicio de empatía al contar la historia de un soldado israelí que vive como un palestino en un texto valiente, directo y vibrante

Palestina

Hubert Haddad
Traducción de Purificación Meseguer
Demipage. Madrid, 2010
187 páginas

Por Javier Valenzuela

HUBERT HADDAD nació en Túnez en 1947, en el seno de una de esas familias judías de raíz bereber asentadas secularmente en el Magreb y arabizadas con el tiempo. Trasladado desde muy niño a París, creció escuchando los dos lados de la historia más dramática de nuestro tiempo: alguna de la gente a la que quería hablaba con entusiasmo del nacimiento del Estado de Israel en una tierra bíblica de leche y miel; otra lloraba amargamente la pérdida de un país de almendros y olivos llamado Palestina.

Haddad se hizo escritor y abordó el conflicto de Tierra Santa en una novela publicada hace más de veinte años (*Oholiba des songes*). Pero algo seguía reconcomiéndole; influía mucho el que su hermano mayor, Michel, se hubiera instalado a los veintipocos años en Israel para vivir la aventura del sionismo y, desencantado, hubiera regresado a Francia para terminar suicidándose con una escopeta. “Para él, como para mí, era evidente que no se puede vivir el judaísmo sin pensar en el otro y en la diversidad”, dice hoy Haddad.

En 2005, Haddad se fue a India para escribir sobre el judaísmo del viejo reino de Cranganore. Una vez allí, descubrió que no podía avanzar con ese tema, que el presente de Tierra Santa le llamaba a gritos. Entonces concibió *Palestina*, la novela con la que ganó en 2009 el Premio Renaudot de bolsillo y el Premio de los Cinco Continentes de la Francofonía, y que ahora se publica en castellano.

Palestina es un estremecedor ejercicio de empatía, de ponerse en la piel del otro, que, finalmente, es uno de los grandes valores humanos y en cuyo desarrollo, por cierto, ha jugado un papel crucial el judaísmo. Contar su argumento no chafa la lectura de un texto tan honesto y valiente, escrito, además, con un lenguaje rico, directo, vibrante.

La historia, contada en tercera persona y en presente, arranca cuando unos soldados israelíes son atacados por resistentes palestinos en la Cisjordania ocupada. Uno de ellos, Cham, es capturado por los *fedayin*, pero estos pronto son aniquilados por las Fuerzas Armadas israelíes. Escribe Haddad: “Fuera, el zumbido de los motores se hace más perceptible; el particular sonido de los blindados maniobrando sobre el guijarral se ve súbitamente atenuado por el estrépito de un helicóptero que, en vuelo estacionario, queda suspendido sobre el santua-

rio. El zumbido de las aspas imita el sonido de la sangre palpitándole en las sienas. Potentes ráfagas de ametralladoras le retumban en los oídos. Cham se acurruca en su fosa”.

Malherido y amnésico, vestido con ropas civiles, Cham vaga por la zona: “No acaba de reconocer el lugar en el que se encuentra. ¿Qué hace él, tan temprano, más solo que un espantapájaros, en este cementerio abandonado? Una pareja de urracas se pelea sobre las ramas de la higuera. Las colinas vaporosas oscilan en los alrededores. Presa del mareo, camina entre las tumbas. No hay nada que pueda compararse con el olvido profundo”. El soldado es rescatado

vallas, barreras, muros y puestos militares: “Si tuviera la fuerza suficiente como para subir a la cima de la colina, ante sus ojos se extendería un paisaje de despojos esparcidos, como manchas de leopardo; una perspectiva de los territorios perdidos, reclusos tras absurdos deslinde de hormigón y alambradas, apenas decenas de kilómetros de un país sitiado de lado a lado por cada uno de los cuatro costados del horizonte”. Los controles de identidad son tan frecuentes como humillantes: “¡Soltadlo!, ordenó el suboficial tras echar un rápido vistazo a los papeles. Ya está bien por hoy. No nos queda espacio para enchironar a nadie más”. Y las viviendas palestinas saltan por los aires: “¿Una mujer y un gato en el interior? Les puedo asegurar que registramos minuciosamente la casa antes de proceder a la destrucción”.

En esa situación de *apartheid*, sobreviven, no obstante, la amistad, la solidaridad, el amor incluso: “Mi amado es para mí como una bolsita de mirra que descansa entre mis pechos. Mi amado es para mí como un racimo de alheña en los viñedos de Engadí”.

Si un gentil hace el ejercicio de Haddad es estigmatizado de oficio como “antisemita” y “cómplice del Holocausto” por los funcionarios a sueldo del Gobierno israelí. Si el que hace el ejercicio es un judío, como Hubert Haddad, le llueve la acusación de “odiarse a sí mismo”. Y sin embargo, David Grossman y otros pensadores israelíes llevan años señalando que el principal problema moral de Israel es, precisamente, el estar perdiendo la capacidad de empatía. En febrero de 2008 Grossman escribió: “Carecemos de compasión. No nos compadecemos de nosotros mismos y mucho menos de los demás”. Y en agosto de 2006, en un inolvidable artículo sobre la

muerte de su hijo Uri en una nueva guerra en Líbano, añadió: “Porque en nuestro mundo loco, cruel y cínico, no es *cool* tener valores. O ser humanista. O sensible al malestar de los otros, aunque esos otros fueran el enemigo en el campo de batalla. Pero de Uri aprendí que se puede y se debe ser todo eso a la vez. Que debemos defendernos, sin duda, pero en los dos sentidos: defender nuestra vida y también empeñarnos en proteger nuestra alma”.

Haddad, un hombre de identidades múltiples (judío, bereber, árabe, francés, europeo...), alguien muy de nuestro tiempo, ha sabido “proteger su alma”. Valérie Marin La Meslée, en *Le Monde des Livres*, ha elogiado de *Palestina* su “admirable simplicidad a la hora de tratar uno de los asuntos más complejos”. Y Le Clezio la ha descrito como “un libro grave, muy fuerte, muy humano; un libro trágico pero lleno de detalles que hacen que esta tragedia no sea desesperada”. ●



Imagen tomada en Jerusalén en octubre de 2009. Foto: Reuters / Ronen Zvulun

P. ¿Por qué la protagonista se llama Falastin?

R. No es por azar, claro. Es un símbolo de Palestina. Yo la veo así. Falastin es una chica joven, anoréxica y frágil. Palestina nació con Israel, antes no existía. Antes había tribus, tribus árabes mezcladas con tribus judías y cristianas, todo un territorio de gente que vivía allí, sometida paulatinamente a los varios imperios que se fueron sucediendo, pasando de una dominación a otra, sin cuestionarse su identidad... hasta que llegó Israel. Ahora, legítimamente, reclama un Estado...

P. El soldado judío pierde la memoria, se identifica con la gente que le acoge y acaba convirtiéndose casi en terrorista palestino. ¿Por qué?

R. La desgracia lo arrastra. Yo quería demostrar cómo los jóvenes pueden convertirse en terroristas: a fuerza de humillaciones, de ver morir a su gente, de ver heridos, de desesperanza. Entonces se fanatizan. Pero repito: la novela tiene un final abierto y, por tanto, abierto a la esperanza.

P. ¿En qué consiste esa esperanza? ¿Cuál es la solución política?

R. En dos Estados solidarios que trabajen juntos. Dos Gobiernos, pero solidarios.

P. ¿Y usted cree que eso es posible?

R. Sí. La historia es fuente de sorpresas. Y ya hay gente, intelectuales, artistas o escritores, en Israel y en Palestina, que piensan así.

P. ¿No es eso demasiado utópico?

R. Uno se adhiere a las utopías en situaciones desesperadas, cuando solo las utopías te pueden salvar. La democracia, en el fondo, hace siglos, era una utopía. Hay que trabajar por esa utopía.

P. ¿Y para cuándo ve usted esa utopía, esa paz?

R. Nadie lo puede prever: pero hay fenómenos que precipitan las cosas. Tal vez Obama despierte. O fíjese en lo de la flotilla: puede servir de conciencia en Israel, para que se dé cuenta de que no puede seguir así, hacia el suicidio colectivo. ●

El escritor sin identidad

En la novela 'Palestina', Hubert Haddad muestra la cerrazón del nacionalismo que une y separa a palestinos e israelíes

GUILLAUME FOURMONT | MADRID | 04/09/2010 08:00 | Actualizado: 04/09/2010 09:56 |

Tiene un nombre francés de lo más común y un apellido árabe. Su familia es de Túnez y Argelia, es judía y musulmana. Sus raíces son bereberes. **Hubert Haddad no es un escritor que busca su identidad en el compromiso político:** "La identidad es el asesinato ritual de la alteridad. Somos el otro antes de ser nosotros mismos". Por eso queda **la poesía, "la única escapatoria"**, dice. Haddad no es Mahmud Darwish, el poeta palestino, la voz de la resistencia, aunque eligió Palestina para mostrar la cerrazón de identidades entregadas al nacionalismo. Y así llamó su última novela, *Palestina*, que la editorial Demipage publica la próxima semana.



El conflicto israelí-palestino, "esta guerra fratricida eterna", marcó la vida y la familia judía y árabe de Hubert Haddad.

Palestina es la historia de Cham, un joven soldado israelí herido y secuestrado durante un asalto de un comando palestino cerca de Hebrón. Dado por muerto, amnésico, Cham es recogido en una familia de Cisjordania y **se convierte en Nessim, hijo desaparecido, muerto bajo las balas israelíes en nombre de la libertad de su pueblo**. Nessim vive la represión cotidiana de la población palestina, los controles de los militares, siente la humillación de un país ocupado que nadie deja existir. Hasta que Cham despierta, totalmente transformado.

"Quería mostrar la proximidad carnal. Lo demás es una ceguera sectaria"

"Estaba en la India hace tres o cuatro años, para buscar el judaísmo antiguo, no comprometido en los dramas de la modernidad occidental, cuando me agarró la actualidad del conflicto israelí-palestino. Es un desgarrón desde hace tanto tiempo en mí... esta guerra fratricida eterna", explica Haddad a *Público* sobre los orígenes de su obra. Porque Haddad nació en Túnez, en 1947, en el seno de una familia judía desde generaciones:

"Tomaron la defensa de Israel, como si fuera la encarnación de Jehová. Podemos entenderlos, por su memoria cosida con persecuciones. La existencia de Israel es un hecho histórico, aunque el Estado democrático fue confiscado por la extrema derecha, los militares y los religiosos". Con *Palestina*, el autor quiso "ir más allá del

maniqueísmo, mostrar la proximidad carnal y la contigüidad existencial de unos con otros. Todo lo demás es una máscara ideológica, una ilusión identitaria, una ceguera sectaria".

Los portavoces de su pacifismo son en el libro las mujeres: Falastín, la hermana de Nessim que se enamora de Cham, y Asmahane, una madre ciega que ve en él a su verdadero hijo. El padre también desapareció en el conflicto. "Un grupo de colonos ha bajado corriendo de la colina y nos han lanzado piedras. Esta vez, ningún niño ha salido herido. La estadounidense y yo nos hemos quedado para asegurarnos de que regresaban sanos y salvos", dice Falastín.

El hermano del autor se suicidó tras intentar vivir en Israel

Haddad ya escribió sobre Palestina en una novela anterior, aunque nunca pisó los territorios ocupados. El libro que ahora publica ha sido posible gracias a su hermano, Michael. Un hermano mayor que quiso vivir el sueño judío de regresar a la tierra prometida, un artista que lo dejó todo a los 20 años para un kibutz. "Decepcionado, se hizo militante por la paz y daba clases en Bellas Artes de Jerusalén. Vivía en una minúscula cabaña al este de la ciudad", explica Haddad. **Michael regresó a París, donde se pegó un tiro en la cabeza con un fusil.**

"Era el 3 de agosto de 1978. Desde entonces, nada ha cambiado, todo ha empeorado", continúa el escritor.

Su nombre occidental y su apellido árabe recuerda al caso de Edward Saïd, otro desterrado y exiliado en Occidente. La familia de Hubert Haddad se instaló en París en los años cincuenta, cuando era más sencillo llamarse Hubert que Abraham, su segundo nombre. "Saïd es de una rica familia cristiana. Yo vengo de un gueto judío arabizado de Túnez y muy pobre", subraya el autor. Y añade: **"Hay que apartar el odio identitario. La condición humana es el exilio"**.



Falastin

Buch - Zeitgeschehen

Geschrieben von Jürgen Lenke

Freitag, 27. März 2009



Der junge israelische Gefreite Cham wird bei einem Patrouillengang entlang der Befestigungsanlagen zwischen Israel und dem Westjordanland von einem palästinensischem Kommando überfallen, angeschossen und als Geisel verschleppt. Trotz seiner schweren Verletzungen gelingt es ihm, sich während eines israelischen Gegenschlages zu befreien; auf der Flucht verliert er jedoch, geschwächt durch seine schweren Verletzungen, das Bewusstsein. Wieder zu sich gekommen, fehlt ihm jede Erinnerung an sein früheres Leben.

Palästinenser, die ihn finden, halten ihn aufgrund der arabischen Kleidung, in die ihn seine Entführer gesteckt hatten, für einen der ihren. Bei der blinden Witwe Asmahane und deren Tochter Falastin wird der vermeintliche Widerstandskämpfer versteckt und gesund gepflegt. Ausgestattet mit einer neuen Identität erlebt Cham den Konflikt zwischen den Bevölkerungsgruppen - nun als Palästinenser Nessim - aus einer gänzlich anderen Perspektive. Hautnah ist er jetzt dem Terror durch israelische Siedler ausgesetzt und muss demütigende Schikanen seitens Polizei und Militär erdulden.

Als bei der Zwangsräumung eines palästinensischen Dorfes Asmahane getötet wird und die gerade aufkeimende Liebesbeziehung zu Falastin ein abruptes Ende findet, unternimmt er folgerichtig den nächsten Schritt und schließt sich einer radikalen Gruppe an. Wiederum mit "falschen", diesmal israelischen Papieren versehen, begibt er sich nach Jerusalem, um dort als Märtyrer zu sterben und dabei möglichst viele der verhassten, jüdischen Besatzer mit sich in den Tod zu reißen.

Ähnliche Metamorphosen wie sie unser Protagonist durchläuft, macht jeder mental mit, der sich mit der jüngeren Geschichte des Westjordanlands auseinandersetzt. Nirgendwo auf der Welt kann es schwerer sein, sich zwischen politischen und gesellschaftlichen Fronten zu entscheiden. Akzeptiert man die Argumente der einen Seite, werden diese augenblicklich durch die ebenso berechtigten Ansprüche der Gegenseite wieder entkräftet und so ad infinitum. Jede der Parteien hier hat Unrecht erlitten, jede aber auch Unrecht zugefügt.

Anzeige

Ein Blick auf eine demografische Karte der Region genügt, um zu zeigen, warum hier ein permanenter politischer Brandherd lodert. Offiziell unter palästinensischer Autonomie stehend, de facto jedoch großflächig durch das israelische Militär kontrolliert, drängen sich israelische Siedlungen zwischen die alten arabischen Dörfer. Um ihre Siedler vor palästinensischen Übergriffen zu schützen, hat Israel in den letzten Jahren weitläufige Verteidigungsanlagen errichtet, die mit ihren Betonmauern, Stacheldrähten und Checkpoints durchaus eher an eine dauerhafte Annexion des Landes denken lassen. Dies wiederum provoziert erneuten Widerstand seitens der arabischen Bevölkerungsteile.

Der Autor schildert die Verhältnisse in dem zerrissenen Land, wie sie sind. Ohne belehrende Wertungen abzugeben, lässt er Ereignisse und Schicksale für sich selbst sprechen. Das geschieht nie mit kühler Distanz, vielmehr spricht aus jeder Zeile Mitgefühl und Verständnis für seine Figuren. Dem Leser bleibt die gleiche Nähe und Anteilnahme aber auch nicht erspart. Bei der Schilderung, wie eine alte Araberin von jüdischen Grenzern sinnlos schikaniert wird, möchte man vor Wut vergehen. Der Roman predigt keinen Frieden, sondern erstellt eine Bilanz der politischen Realitäten im Nahen Osten und des beklemmenden Horrors, den diese Fakten für alle Bevölkerungsgruppen bedeuten.

Fazit: Ein großartiges Buch mit erschütternder Aussage. Nachdenklichkeit und langes Nachwirken sind garantiert.

»Falastin«

Hubert Haddads Roman über eine tragische Liebesgeschichte im Westjordanland

Ahnungslose Israel-Urlauber fahren auf der Strecke vom Ben-Gurion-Flughafen nach Jerusalem an hohen Betonmauern vorbei, die wie Lärmschutzwände aussehen, vorbei auch an mit Stacheldraht abgesperrten Wiesen und Feldern, auf denen vereinzelt Hütten stehen. Diese Region, in dem der Roman »Falastin« von Hubert Haddad spielt, erscheint aus der Ferne wenig aufregend, ja nahezu friedlich mit ihren Schafen und Ziegen, die zwischen vereinzelt Olivenbäumen weiden. Der israelische Gefreite Cham, von dessen tragischem Leben der Roman handelt, steht jenseits der elektronischen Absperrung »und kann nur noch hinterhersehen, wie der Bus nach Tel Aviv in der Ferne verschwindet«. Seit drei Monaten bewacht der junge Cham die Grenze und freut sich auf den bevorstehenden Urlaub. In diesem Moment trifft ihn eine Kugel in die linke Schulter, eine andere streift seine Schläfe, eine Kufija wird ihm über den Kopf geworfen. Auf dem Weg in ein Versteck gerät er in die Hände anderer Palästinenser, die ihn für einen Araber halten und in eine Grube stoßen. Schwer verletzt gelingt dem jungen Soldaten die Flucht. Mehr weiß er nicht, denn er hat sein Gedächtnis verloren.

Von einem Schrotthändler entdeckt, wird Cham im Haus der blinden Witwe Asmahane und ihrer Tochter Falastin gepflegt. Die beiden Frauen begeben sich dadurch in eine weitere große Gefahr, denn sie sind umgeben von Bedrohung und Gewalt: Detonationen, den Lärm von Panzern, das Knattern von Hubschrauberrotoren, Hausdurchsuchungen, Erschießungen oder der Tod durch Querschläger sind an der Tagesordnung. Die arabischen Bewohner sind bis zur Gleichgültigkeit abgestumpft, haben »mit den Jahren jede Art von Hoffnung oder Interesse verloren«, empören sich kaum noch über neue Straßensperren, Schüsse aus den Häusern neuer israelischer Siedler. Weil Cham keine Papiere mehr bei sich und zum Glück eine gewisse Ähnlichkeit mit Nessim, dem verschollenen Sohn und Bruder von Asmahane und Falastin hat, trägt er dessen Kleider und erhält einen auf dessen Namen ausgestellten Passierschein, einen Führerschein sowie die Immatrikulationsbescheinigung von der Uni. Sich überall ausweisen zu können, ist lebenswichtig.



Aber dies ist nur eine oberflächliche Erscheinung des Terrors in der Wüste des Westjordanlandes bei Hebron. Welche Verwundungen die ständige Belagerung, schikanöse Kontrolle, der grausame alltägliche Tod in den Seelen der Menschen hinterlassen, welche unterschiedlichen Konsequenzen die leidenden Menschen daraus ziehen, wie sanftmütige Menschen irgendwann selbst zu Gewalttätern werden, weil sie dieses Leben nicht mehr ertragen, das deckt dieser erschütternde Roman auf. Während über ihnen die Vögel zwitschern und sich blühende Büsche im Wind wiegen, flüstern die Menschen einander zu, wie sie sich rächen, wo sie die nächste Bombe hochgehen lassen

werden. Der allgegenwärtige Tod überschattet die zarte Annäherung von Cham und Falastin. »Mein Freund ist mir ein Büschel Myrren, das zwischen meinen Brüsten ruht. Mein Freund ist mir eine Traube von Zyperblumen in den Weingärten von En-Gedi«, auch solche Worte werden geflüstert, Sätze aus dem Hohen Lied der Liebe, als Falastin und Cham engumschlungen einzuschlafen versuchen.

Der Roman, für den der arabische Jude Hubert Haddad im Jahr 2008 mit dem »Prix des Cinq Continents de la Francophonie« ausgezeichnet wurde, dokumentiert die Zerrissenheit der Menschen in einer Welt, die jeden Bezug zu einem friedlichen Miteinander verloren haben. Israel ist ein phantastisches Urlaubsland, und die Fremdenführer betonen, daß dort nicht mehr Attentate verübt werden als anderswo auf der Welt. Die Gegenseite würde sie nur aufbauschen, um vor aller Welt mit dem Finger auf diejenigen zu zeigen, die gewalttätig sind. Den Ort, wo Cham und Falastin einander zum ersten Mal begegnet sind, werden Touristen allerdings nie betreten. Ein beeindruckendes wunderbares, bewegendes Buch!

MARIA PANZER

Hubert Haddad: »Falastin«, Roman (a. dem Französischen von Katja Meintel), Edition Nautilus, Hamburg 2009, 162 S., € 16.

Sie fürchten sich vor
Zecken?
Sie sollten sich lieber davor
fürchten, keine Angst mehr
zu haben.



Eine Bombe zündet
und ein PR-Mann macht
Karriere – ein atem-
beraubender Thriller über
politische Mechanismen



grafik
der krimivorfäh

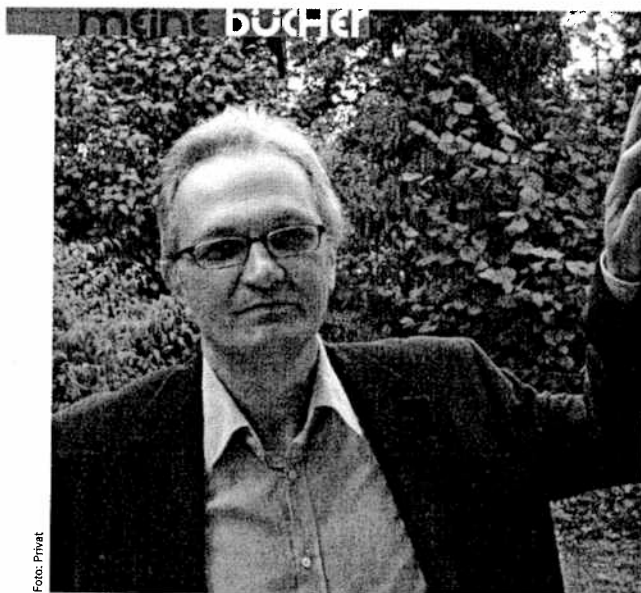


Foto: Privat

Falastin
von Hubert Haddad



von **Anton
Thuswaldner**
Literaturkritiker

GESCHICHTE DER VERBLENDUNGEN

P

Sie kommen einfach nicht zusammen. Juden und Araber leben in Israel auf engstem Raum miteinander, nein: gegeneinander. Der Nachbar ist der Feind, und der muss bekämpft werden. Die Vernunft hat ausgespielt in solch einer Atmosphäre. Wo einer vom anderen nichts weiß, wird die Fantasie zur Quelle für immer neue Gewalt.

Jüdische Soldaten sprengen Häuser und veranstalten Razzien. „Der Holocaust ist ein Täuschungsmanöver der westlichen Verräter, die unser Land an sich reißen“, behauptet ein junger Araber. Wo man hinsieht, nur Verblendung, Eigennutz und Verrat. Juden unterdrücken Palästinenser mit militärischer Präsenz und Schikanen; Mauer, Stacheldraht, Check-Points sind das Symbol dafür. Palästinenser reagieren mit Terrorismus und Selbstmordanschlägen darauf.

Die Macht des Hasses

Zwei Welten, einander so nah, sind zur Unnahbarkeit verdammt. Keine Chance haben all jene auf beiden Seiten, die sich um einen Ausgleich bemühen. „Der Terrorismus ist für fast all unser Unglück verantwortlich“, sagt einer der vernunftbegabten Araber, stößt aber auf taube Ohren bei jenen, die auf die Macht des Hasses setzen: „Ich war noch ein Kind, als ich mit ansehen musste, wie mein Vater

GESCHRIEBEN IN DER SORGE
EINES ECHTEN AUFKLÄRERS,
SELBST UM JEDEN RAT VERLEGEN.

von den Soldaten totgeprügelt wurde, die mit Gewalt ins Haus eingedrungen waren.“

Der Schriftsteller Hubert Haddad, der als arabischer Jude in Frankreich lebt, sitzt selbst zwischen allen Stühlen. Es bedrückt ihn, was in Israel geschieht, doch er mag keiner Seite seine volle Solidarität aussprechen. Deshalb erzählt er in seinem Roman „Falastin“ vom jungen israelischen Soldaten Cham, der im Westjordanland von Palästinensern entführt wird und nach einer schweren Verletzung seiner Erinnerung verlustig geht. Ihm wird die Identität eines Arabers verpasst. Er steht als Symbolfi-

„Haddad weiß keinen
Ausweg aus der Misere, aber
er stellt sie dar.“

gur für die Widersinnigkeit des Konflikts. Austauschbar und zufällig sind die Identitäten, teilt uns der Autor damit mit.

Es hängt nur vom jeweiligen Lebensumfeld ab, welcher Seite ich Gefolgschaft leiste. So einfach ist das und so schwer zu verstehen.

Zu lesen gibt es eine Geschichte der Missverständnisse. Haddad weiß keinen Ausweg aus der Misere, aber er stellt sie dar. Er macht das als einer, der seine Analyse in der Erzählung aufgehen lässt, und zeigt Menschen in ihrer Not. Alle leiden, und keiner tut etwas dagegen. ○

Falastin

Roman von Hubert Haddad

Aus dem Franz. von Katja Meintel

Edition Nautilus 2009. 159 S., geb., € 16,50

dradio.de<http://www.dradio.de/dkultur/sendungen/fazit/940047/>**FAZIT****24.03.2009**

Bei einem Patrouillengang wird der israelische Soldat Cham verwundet und von Palästinensern entführt. (Bild: AP Archiv)

Ungewöhnlicher Identitätswechsel

Im Roman "Falastin" tauschen die Gegner im Nahostkonflikt die Rollen

Von Barbara Wahlster

Es ist die Geschichte eines ungewöhnlichen Identitätswechsels: Ein israelischer Soldat verliert das Gedächtnis und lebt als Palästinenser weiter. Hubert Haddads gerade auf Deutsch erschienener Roman "Falastin" - arabisch für "Palästina" - führt mitten hinein in den Konflikt zwischen Israelis und Palästinensern, in den Alltag im Westjordanland zwischen Checkpoints, Schikanen, Siedlern und Besatzern.

Der israelische Soldat Cham steht im Mittelpunkt des Romans "Falastin". Schon auf dem Weg in den Urlaub und ohne Papiere gerät er in einen palästinensischen Überfall. Er wird schwer verletzt (ohne dass nach ihm gesucht würde) und schließlich von einer blinden palästinensischen Witwe und ihrer Tochter Falastin gepflegt. Cham nimmt die Identität von Falastins verstorbenem Bruder Nessim an, dem er verblüffend ähnlich sieht.

"Die Transformation ist eine einfache Sache. Er ist verletzt, verliert das Gedächtnis und von da an ist er alle Menschen. Ohne Gedächtnis sind wir alle (und nicht jemand). Entscheidend wird, was ihm entgegenkommt, die Gesichter derjenigen, die ihn pflegen: Falastin und ihre blinde Mutter Asmahane, Palästinenser. Sie leben isoliert, der Vater starb bei einem Attentat. Falastin hat sich in eine Erwartung verstiegen, in eine Verrücktheit, die man bei jungen Menschen und ihrer Suche nach Absolutheit oft trifft. Ihr ist der Tod ständig gegenwärtig, selbst in ihrer Hoffnung. Wie manche Mystiker hat sie vor nichts Angst."

Chams Weg - Verletzung, Todesnähe, Gedächtnisverlust - und seine Wiederauferstehung als ein anderer, als Nessim: Das hat im Mittelmeerraum wohl bekannte mythologische Dimensionen. Er nimmt wahr, was er um sich herum sieht. Und diese Realität ist grausam; von Willkür, Ungerechtigkeit und Gewalt geprägt, voller Verzweiflung, trauriger Erinnerungen.

"Er lernt ihr Unglück kennen und identifiziert sich mit den Menschen, die ihn angenommen haben. Für mich ist Identität nur ein Abwehrmechanismus. Identitäten machen es unmöglich zu erkennen, dass wir uns nur um Nuancen voneinander unterscheiden, nicht strukturell. Wie kann man sich von identitätsstiftenden Restriktionen und Vorgaben einsperren lassen? Für mich ist das eine Art Verrücktheit. Kultur ist zur Öffnung da! Und solange die Juden noch umherirrten ohne Land, da war die Zeit und nicht der Raum entscheidend für sie."